

INAUGURACION DEL CURSO EN EL ATENEO DE MADRID

NO es de hoy que en el primer acto o primera lección con que inaugura sus cursos el Ateneo de Madrid se planteen líneas de actuación y conducta, fines a cumplir en el transcurso del año académico. Sin embargo, la apertura de este curso de 1948-49 ha tenido una mayor trascendencia, no sólo por la calidad del conferenciante que en ella ha intervenido, sino por la significación intelectual que se ha querido asignar a este curso. Importancia para el mundo del pensamiento y la cultura en general, y en particular para el Ateneo de Madrid, que ha vuelto a ocupar su lugar de siempre—desde su fundación en 1835—en la historia del pensamiento y de la cultura españoles.

Y fué muy importante también porque esta conferencia de don Eugenio d'Ors—en la cual desarrolló su ya conocida idea de la política de misión que corresponde a la cultura y a los hombres que a la cultura y a la creación dedican sus actividades—estuvo presidida por el Ministro de Educación Nacional. Era él, con su presencia, quien autorizaba la misión que al Ateneo de Madrid le corresponde realizar en esta etapa de la vida cultural española. El Ateneo, pues, tiene su política intelectual que cumplir; no

puede, de ninguna forma, ser una entidad estática, cobijo de estudiosos y repasadores; ni una asociación sin fines a cumplir; ni un club de pasatiempo. El Ateneo de Madrid, porque así lo exige su historia y porque así lo precisa la cultura española, está en movimiento como adelantado de la cultura.

Su cátedra es el mejor exponente de la inquietud española de estos momentos. El curso que se inicia promete ser altamente fecundo en este orden de relaciones en la vida del pensamiento. Se estudiará en él todo lo que tenga un sentido español dentro de la política del espíritu y de cualquier clase de actividad de la inteligencia. El acento español de la cultura se proclamará desde su cátedra con ese fervor, incluso con ese noble apasionamiento con que el Ateneo, desde hace apenas cuatro años—recuperado su viejo nombre, pero, por fortuna, no su iconoclasta inoperante rebeldía—, viene sirviendo los designios de la grandeza española.

Don Eugenio d'Ors comenzó su conferencia—que fué presidida por el Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín; por SS. AA. don José Eugenio y don Luis Fernando de Babiera y por el Presidente del Ateneo, don Pedro Rocamora Valls—afirmando que la política de misión es compleja. Para el estadista, el deber de gobierno está en partir de la suposición de que también a los pueblos civilizados puede y debe aplicarse los métodos del misionero respecto de los primitivos. Su empeño en la acción es una obra de educación. De esto ha dado un ejemplo aproximado en la Historia el que se llama en el siglo XVIII «despotismo ilustrado», que logró que en todas partes de Europa donde hay grandes monumentos, creaciones arquitectónicas de empaque, imperiales fábricas, útiles y con espíritu de perennidad, o bien sean romanas, o bien del siglo XVIII... Pero el «despotismo ilustrado» tuvo el error de prescindir de la tradición y de condicionar la universalidad mediante la concepción nacionalista, «el juego de manos» con que Herder sustituyó al «pueblo» único de Rousseau, «los pueblos» plurales del romanticismo, y entonces todas las supersticiones idolátricas se desencadenaron. Las unas, con la malicia utilitaria de aquellos momentos en que, cuando la revolución hubo

descabezado los reyes, se vió terroríficamente que cada fuerza interior tiraba por su lado, y se adivinó que todo se iría al traste si no se echaba mano de otra idolatría que sustituyera a la de la majestad real; las otras, con la pereza del halago hacia las formas espontáneas no castigadas del arte, de la poesía, de la lengua, juzgadas por el arrollador prejuicio como superiores a las proporcionadas por la cultura; las otras, en fin, como servidoras del resentimiento de lo inferior contra lo elevado en jerarquía: aldeano contra ciudadano, provinciano contra metropolitano, sentido común contra metafísica, grosería de arriero contra cortesía de caballero, romance contra estrofa, dibujo de niño contra dibujo de artista, brinco de fauno contra la melodía del dios.

Cultura como conocimiento

El camino de la Humanidad ha conocido sucesivas, pero permanentes, epifanías. Hoy la que impone la cultura es su propia epifanía, la elevación a conocimiento de la cultura, antes sentida únicamente como un valor.

Este conocimiento implica una definición de la cultura, círculo menor inserto en el círculo medio de la Historia, el cual, a su vez, se inserta en el círculo mayor de la Prehistoria, que es más adecuado llamar «Subhistoria». La cultura se define como la comunión de un hombre o de un grupo humano en las dos especies de la tradición, o sentido de la continuidad humana y de la universalidad, sentido ecuménico, católico, de la Humanidad.

Así, el misionero de la cultura trabaja por la gloria del «tercer reino», constituido con autonomía respecto del dominio del César, y a la vez, del otro dominio, trascendente de lo terreno, y cuya autoridad es la divina. Uno, es el dominio de la celeste Jerusalén; otro, el de Dios, tal como ya San Agustín lo concebía como entidad terrena, como «ciudad universal y perenne».